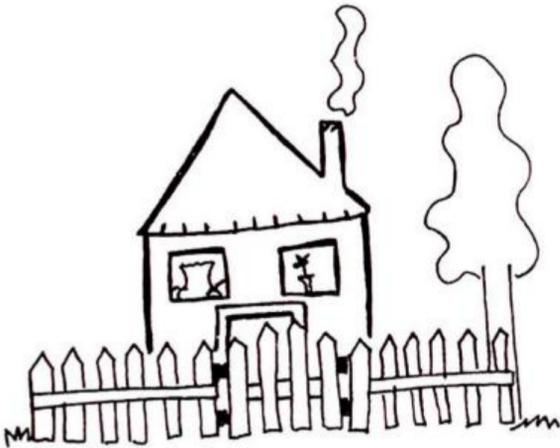


tre los dos últimos grupos y luego se pasa a Mito y al nadaísmo, en lo que Echavarría todavía parece transitar aguas seguras.

Después del nadaísmo, el intento de clasificación —incluidas algunas citas de otros críticos como Jaime Alstutm y María Mercedes Carranza— se convierte en enumeración de pretextos —o de razones, si se quiere ser imparcial— para no clasificar. Se habla de la llamada “Generación sin nombre” o de la “Generación de Golpe de Dados” pero para a continuación señalar la heterogeneidad de la producción que caracteriza a los poetas que se suelen agrupar en esas categorías, lo que sólo sirve para mostrar que las mismas son insuficientes.



Uno de los fallos centrales de Echavarría es limitarse, en su tarea clasificatoria, a señalar los grupos que se han considerado a sí mismos como tales —como el nadaísmo o Piedra y Cielo— o que han estado reunidos alrededor de una publicación determinada —como los poetas de Mito y Cántico— y no atreverse a entrar en un intento de clasificación temática o estilística en la que acaso se podrían observar cercanías en la búsqueda de poetas que no han tenido que ver nada directamente entre sí y que sin embargo forman parte de una misma búsqueda estética marcada quizá por condicionamientos histórico-culturales.

Otro fallo es detenerse en la llamada “Generación de Golpe de Dados”, con lo que renuncia a toda herramienta taxonómica para la poesía producida después de la década de los setenta, a la que, sin embargo, le da amplia cabida en la

antología con muestras tan precarias de cada poeta que resulta imposible que el lector termine interesándose por alguno de ellos.

En el prólogo, Echavarría mismo reconoce que “es demasiado escasa la muestra de cada autor para que se pueda sacar alguna conclusión en particular” (pág. VII). Es decir, que resulta imposible tratar de internarse en el universo lírico de los autores escogidos, con lo que no se puede intentar adivinar qué es lo que representan.

Con ello la esperanza que expresa Echavarría de que la antología logre reflejar “la sensibilidad, la calidad, la evolución y la variedad” de la lírica colombiana en el siglo XX resulta completamente ilusoria. Se lee un poema detrás del otro —en una operación en que, por lo demás, la variedad no resulta especialmente notable— y las pocas voces realmente singulares que puede haber terminan perdiéndose en una especie de selva informe.

La renuncia a todo esfuerzo crítico que caracteriza el tomo de Echavarría es tal vez algo sintomático de lo que ha ocurrido con la poesía —y acaso con la literatura en general— en los últimos años. Ha habido una producción abundantísima, y eso es algo que lo comprueban las estadísticas. Sin embargo, esa producción se ha tropezado con una recepción tibia, que en el mejor de los casos se limita a registrar lo que va apareciendo sin atreverse a aventurar juicios críticos que vayan creando poco a poco una selección de lo más representativo.

Naturalmente, quienes emprendan esa tarea cometerán injusticias. Pero como la crítica es un proceso abierto, esas injusticias podrían verse reparadas en medio de la discusión. Además, para un escritor es preferible tener que enfrentarse a la injusticia que verse arropado por una indiferencia que aparentemente lo reconoce y que a la postre lo convierte en un mero dato estadístico en un catálogo en el que aparecen otros cientos de nombres, como la antología de Echavarría.

RODRIGO ZULETA

Un logro único

Traslaciones

Gustavo Ibarra Merlano

OP Gráficas, Bogotá, 2001.

En su nuevo libro, *Traslaciones*, Gustavo Ibarra Merlano (Cartagena, 1919) adensa el peso de su palabra, volviéndola más diáfana y translúcida. Más honda de transparentes referencias clásicas: “La luz cuanto más luz menos se advierte”.

El mar, como siempre, actúa no sólo como telón de fondo sino de actor principal. Los abismos afloran a la superficie con su cauda de muertos, con sus grises desechos de tantos naufragios, con las arrugas que el tiempo ha impreso en sus lomos. El mar como llanto adolorido de cuanto sucede en la tierra. Pero la vivacidad de sus metamorfosis sigue reclamando una palabra esencial.

El mar

ha sido

despojado de su

[idioma

pero conserva

la gesticulación

Murmuración incesante

nunca

[dice nada

con claridad

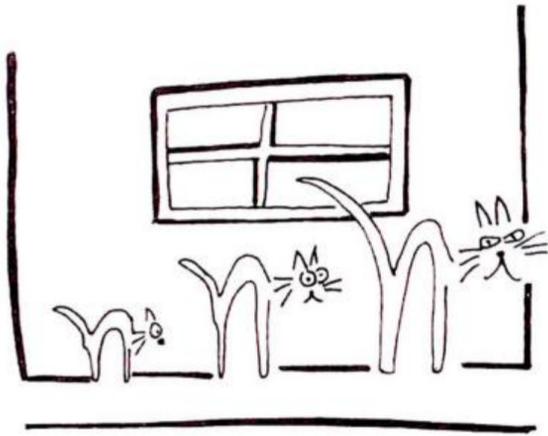
pero habla

en el silencio.

Mar de dolor y muerte. De heces contaminadas. De repente, por la fuerza ascensional de esta poesía, los peces se truecan en aves y el reflejo solar sobre la bruñida lámina de agua incendia todo el espacio y hace que el risueño parpadeo de su masa inabarcable se asome a la comedia que acontece en el litoral: la comedia humana. Allí donde Verlaine, el cantor de la Virgen, el amante de Rimbaud, muere entre las putas del sanatorio.

Tal el talento poético de Gustavo Ibarra para hacer coexistir todo en un instante privilegiado. Aquel donde el poeta trasciende lo circunstancial sin hacerle perder el sabor de su

sal, y de su modulación inconfundiblemente caribeña.



No es de extrañar, entonces, que este primer ciclo se cierre en un diálogo directo con el Padre, donde el océano refluye sobre su vida interior y la fusión entre naturaleza y espíritu reconcilia los contrarios. Ya no hay más escisión. El hombre, barrido en su intimidad por esa agua redentora, confiere sentido a un cosmos mudo: “Metidos en ti por siempre / Somos tus ahogados”. La muerte engendra nueva, resplandeciente vida. De ahí el tono elegíaco que caracteriza a esta poesía, donde la existencia, en pos de un idioma aun “indiferenciado”, nos advierte “que es inútil llorar el bien perdido”, como lo dice el último verso del primero de sus memorables sonetos, no por melódicos menos acerados.

Para ganar un verso es necesario perderlo todo. Es imprescindible desaprender lo obtenido y despojarse hasta la desnudez última. Lo dice de modo inolvidable:

*Como vestir la muerte.
Y como de la nada desvestirse.
Y volver a arroparse con lo*
[inerte.
Es vivir muriendo decidirse.

Nunca lo aprenderás, pero
[ensayarlo
Es preciso, pues siempre así se
[vive
La propia muerte. En ella vas
[metido.

Y como la vida siempre se
[desvive
Del vivir. Es inútil intentarlo.

No hay nada que aprender. Has
[aprendido.

Qué buen tono y qué madura reflexión, donde la agonía se hace enamorada y trasciende su “espina dura” con el vislumbre consolador que sólo la más alta poesía otorga, en delicado consuelo:

Alguna vez pregunto entre la
[sombra
por el duro vivir. Nadie lo
[nombra.
Ninguno apecha los duelos de la
[pena.

Finalmente, en la tercera parte, esa vida, manojos de miradas ardientes; esa mirada, dotada ya de una claridad que enaltece todos los objetos, y sabe su razón de ser, trátase de una garrafa o de los minerales y plantas con que el herbolario fabrica sus recetas; o del convivio con el amigo, traspasando esa hoguera que no arde, y reconociendo que podrán quitarle todo, “menos tu ausencia / Para estar contigo”, cierran, de forma admirable, este periplo. De lo inerte a lo humano, todo se ha divinizado.



El mar de la nada es ahora la humanidad de este libro que nos conmueve y traspasa con su desvelada confianza en esa criatura a la vez tan dulce como aterrada. Tan próxima como entrañablemente distante. Esas traslaciones que la poesía establece al curar la herida por el efecto salutar de las cantáridas: insecto que es palabra —y palabra que canta.

O mediante ese rapto enamorado, que conlleva el perfume de la mejor mística española, aquella que también tiene aroma árabe: “Vamos los dos al Enviado / Sin aire hasta las flores”.

Todo ello hace de este libro, como de la obra íntegra de Gustavo Ibarra Merlano, un logro único dentro de la poesía colombiana. Leerlo es acceder a una dimensión que nos resulta imperiosamente necesaria. El reverso de lo que Arthur Rimbaud predicó en *Una temporada en el infierno*:

*Elle est retrouvée!
Quoi? L'éternité.
C'est la mer mêlée
Au soleil*

JUAN GUSTAVO
COBO BORDA

Deslumbrante conjunto

Amantes y Si mañana despierto

Jorge Gaitán Durán

Universidad Externado de Colombia,
Bogotá, 2004, 69 págs.

La muerte de Jorge Gaitán Durán (1925-1962) en un accidente de avión ocurrido en la isla de Guadalupe, en el Caribe, produjo una honda conmoción no sólo en la vida intelectual colombiana sino en el espacio más vasto de las letras hispanoamericanas. De Luis Cernuda a Vicente Aleixandre, de Octavio Paz a Juan Liscano, una vasta red de amigos se había creado en torno a su figura.

El motivo principal sería, no hay duda, la revista *Mito* (1955-1962), que fundó con Hernando Valencia Goelkel y a la cual siempre estuvo unido, como director, o respaldándola económicamente. Fue una empresa coherente y renovadora en la cual participaron las figuras mayores de nuestra lengua desde los viejos maestros como Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, al cual se le dedicó un número especial, el 39 y 40, de enero-febrero de 1962.

Y en donde los nuevos nombres, de Julio Cortázar a Gabriel García Márquez ofrecieron primicias tan destacadas como *El coronel no tiene*